

tes; habla de aquel amor de preferencia, que siempre debemos profesar á Dios, de suerte que mirando únicamente á agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, padres, parientes, amigos y nuestra propia vida, antes que ofenderle. Santiago y S. Juan dejaron en la barca á su padre, por seguir á Cristo; no permitió este Señor que aquel mancebo, á quien llamó á su servicio, le dejase ni aun con el pretexto de ir á dar sepultura á su padre. Según esta doctrina del Salvador, y por conformarse con ella, todo lo abandonaron los santos, y se despojaron de todo cuanto tenían por seguirle. Cada día repiten este mismo sacrificio tantas personas religiosas. Gran desgracia es en los que una vez pusieron mano al arado, el mirar atrás. Aquellos que hasta dentro de los claustros fomentan en su corazón el escetivo amor á los parientes, aquellas personas religiosas que solo respiran el espíritu de la carne y sangre, ¿cómo observan este precepto? ¿cómo se conforman con esta doctrina? Pues ello sin esta desnudez, y sin esta abstracción, ninguno puede ser discípulo de Jesucristo. No es menos indispensable la abnegación de sí mismo; ¿y está hoy muy en uso esta abnegación? ¡Ah, que cada cual busca su interés! El gran móvil de todas las acciones es el interés, ni los que parecen mas devotos son siempre los mayores enemigos de sí mismos. Cada uno se busca á sí casi en todas las cosas; y aun los que se lisonjean de que siguen á Cristo, regularmente lo hacen en compañía del amor propio. Pues no nos admiremos ya de que en nuestros tiempos haya en el mundo, y quizá también en el estado religioso, tan poca virtud perfecta y verdadera, ni de que sea tan escaso el número de los discípulos de Cristo. Es preciso seguirle en todo, hacerse sordo á las voces de la carne y sangre, aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. Valga la verdad: ¿estamos bien persuadidos á que seguimos esta doctrina?

Dios mío, ¿cuál es nuestra conducta? Oímos y recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; sabemos que deben ser la regla de nuestras obras; estamos ciertos de que nuestras costumbres son enteramente opuestas á su doctrina; ¡y con todo eso vivimos amodorrados en una fatal seguridad! Conozco, Señor, y advierto, por vuestra misericordia, mis ilusiones y mi error; haced que me aproveche de este conocimiento, y que estando, como estoy, convencido de la verdad y de la santidad de vuestra doctrina, ella sola sea en adelante la regla de mis costumbres.

JACULATORIAS.—Haced, Señor, que jamás me desvie del camino de vuestros preceptos. (*Psalm. 118.*)

¿A quién sino á tí caminaremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna? (*Joann. 6.*)

PROPOSITOS.

1 Cuando no hay mas que un camino para llegar al término, es locura ponerse á deliberar qué camino se ha de tomar. En nuestra religion no hay mas que una fe y una doctrina; con que tampoco puede haber mas que una moral y un Evangelio, y este es el único camino para ir al cielo. No puede haber mayor estravagancia que tomar otro. Desasimiento sincero de los bienes caducos; desprendimiento generoso de la carne y sangre; victoria de las pasiones; odio santo de sí mismo; este es el único camino que conduce á la salvación. ¿Pero es este el que nosotros seguimos? Pues cualquiera otro nos estravia. *Hay un camino*, dice el Sabio, *que al hombre le parece derecho, y su fin guía á la muerte.* No busques directores anchos y condescendientes; huye de opiniones laxas. ¿Qué motivo tienes para ir á este confesor mas que al otro? ¿será acaso porque la estrechez de aquel te incomodaba, y tu amor propio, tu inmortificación y tu flojedad se entienden mejor con la indulgencia de este? ¡Qué necedad mas digna de compasión y de risa que buscar de propósito una guía para desaminarse! Examina bien los verdaderos motivos de esta elección: mira que es negocio de grande importancia para esponerle á contingencias.

2 Busca á Dios; pero mira si verdaderamente buscas á Dios en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones; si es Dios á quien únicamente buscas en tu ministerio, en los ejercicios de tu zelo; no sea que busques tus intereses, tu estimación, ó que te busques á tí mismo. Estando consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó religioso, no sirvas todavía al mundo, no tengas todavía tanto apego á tus parientes. Acuérdate de lo que dice Jesucristo, que en vano te lisonjeas de ser su discípulo, si todavía estás preso de la carne y sangre. No se pase el dia sin que prontamente te reformes sobre todos estos puntos.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

SANTA DEMETRIA, virgen, en Roma, que fué coronada con el martirio en tiempo de Juliano apóstata.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES RUFINO Y MARCIA, en Siracusa en Sicilia.

LOS SANTOS MÁRTIRES CIRIACO Y APOLINARIO, en Africa.

SAN ALBANO, mártir, en Maguncia; el cual despues de prolongados tormentos y duros combates por la fe católica, se hizo digno de la corona de la vida eterna.

SAN EUSEBIO, obispo de Samosata, en el mismo dia; el cual en tiempo de Constancio emperador arriano, disfrazado de soldado visitaba ocultamente las iglesias, para confirmarlas en la fe católica. En tiempo de Valente fué desterrado á Tracia; mas en el de Teodosio, restituida la paz á la Iglesia se le levantó el destierro; y volviendo de nuevo á visitar las iglesias, una mujer arriana le arrojó una teja desde el alto de una casa y le rompió la cabeza, y de este modo murió mártir. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN TERCENCIO, obispo y mártir, en Iconio de Licaonia.

SAN URCSICENO, obispo y confesor, en Pavia.

SAN MARTIN, obispo, en Tungres.

SAN LEUTFRIDO, abad, en la diócesis de Evreux.

SAN LUIS GONZAGA, jesuita, en Roma, famoso por haber despreciado un principado, y por la candidez de su vida. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN LUIS GONZAGA, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

SAN Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mantua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo, como por la inocencia de su vida, fué hijo de Ferrante ó Fernando, marqués de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse ésta tan apurada en el parto de nuestro Santo, que llegaron á desahuciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Virgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad el dia 9 de marzo de 1568. Bautizáronle de socorro luego que nació, y pocos dias despues se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano. Guillelmo, duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellon á que la primera obligacion de una madre es dar á su hijo la mejor educacion, luego que vió á Luis capaz de alguna, tomó de su cuenta el darle ella misma la mas piadosa y la mas cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo aire, cuyas inclinaciones, y cuya natural propension á la virtud desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El marqués, soldado de profesion y de genio, observando la



S. LUIS GONZAGA.

viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba á las armas, y á los cinco años de edad le llevó consigo á Casal. Mostraba Luis grande gusto en los ejercicios militares, y en esto lisonjeaba mucho el de su padre; pero al niño le hubo de costar cara aquella marcial inclinacion; porque habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y habiéndola dado fuego incautamente, saltó poco para que al retroceder la cureña no le hubiese hecho pedazos la violencia de las ruedas. Ni fué este el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasiadamente libres; pero apenas fué reprendido por su ayo, cuando las miró con el mayor horror; y aunque las habia dicho sin entender su significado, esta fué la mayor culpa que cometió en toda la vida, llorándola amargamente en toda ella, y haciendo rigurosa penitencia.

Al paso que Luis crecia en edad, iba tambien creciendo en juicio y en virtud. Entregóse tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el cardenal Belarmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenia ya desde entonces sus devociones arregladas, en cuyo cumplimiento era tan exacto, que se observó no haber faltado ni una sola vez á ellas, aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron unas molestas cuartanas. Enamorado el marqués del juicio y de las grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas, y á darle una educacion digna de su nacimiento. Llevóle á la corte del gran duque de Toscana, estrecho amigo suyo; y aunque el aire de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfeccion, reduciéndose todas sus diversiones á la oracion y al estudio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida á juego alguno, y jamás le quebrantó. Creció tanto su fervorosa devocion á la santísima Virgen, que á los nueve años hizo voto de perpetua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamás á la cara á mujer alguna.

Desde la corte de Florencia pasó á la del duque de Mantua, su cercano pariente; y en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y de la grandeza de su casa, allí fué donde resolvió dejar al mundo. Sirvióle de pretesto la falta de salud para salir de la corte y restituirse á casa de sus padres. Pasando por ella S. Carlos Borromeo descubrió y admiró los tesoros de gracia y de perfeccion que encerraba el alma del santo niño; exhortó-

le á que cuanto antes comulgase por la primera vez; encargóle que despues lo repitiese con frecuencia, y le dió otros muchos consejos espirituales que el jóven príncipe tuvo gran cuidado de poner en práctica.

No es fácil esplicar la tierna devocion y los fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por la primera vez á Jesucristo; inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas, daban testimonio del divino fuego que abrasaba aquel tierno corazon. Por toda su vida fué la devocion al santísimo Sacramento la mas sobresaliente de todas sus devociones, pasando horas enteras en su presencia al pié de los altares. Aplicábase ya entonces al estudio de las letras; pero este no debilitaba ni distraia el espíritu interior, que tenia cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podia subir mas de punto el santo odio que se tenia á sí mismo, ni que podia juntarse mayor inocencia con mayor austeridad. Ayunaba tres dias á la semana, y muchos á pan y agua. Sus penitencias pudieran acobardar á los religiosos mas austeros. Muchas veces se notaba salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas era su cama la desnuda tierra; por no tener cilicios se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto cuajado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aun en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo, pasando así muchas horas en oracion.

Enviáronle á la corte de Felipe II, donde desde luego se hizo admirar su anticipada madurez y su elevada santidad tanto como en todas partes. Parece que el Señor como que se complacia en irle mostrando á varias cortes de la Europa, para convencer con su ejemplo que la virtud no está reñida con alguna condicion, y que la inocencia puede y debe acompañarse con todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolucion de abrazar el estado religioso. Los grandes ejemplos de virtud, de observancia, de desprendimiento del mundo que habia notado en los padres capuchinos y en los barnabitas durante su residencia en Casal, y aquel espíritu de penitencia y de recogimiento interior que admiraba en los carmelitas descalzos, le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religionés; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus, por cuatro ó cinco razones que él mismo declaró. Primera: Porque siendo mas reciente su instituto, por precision se habia de conservar en su primitivo fervor. Segunda: Por el voto que en él se hace de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: Porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. Cuarta: Porque los jesuitas se

dedican por su instituto á la conversion de los herejes y de los gentiles en todas las partes del mundo. A estas cuatro razones añadia otra, y era la particular devocion que habia observado se profesaba á la santísima Virgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinarse á esta eleccion. Juntóse á todo esto que un dia de la Asuncion de esta gloriosa Reina á los cielos, despues de haber comulgado le pareció haber percibido clara y distintamente una voz, articulada por el hermoso simulacro de la soberana Reina, que con el título *del Buen Consejo* se venera en el Colegio imperial de Madrid, que le intimaba entrase en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres. No hubo vocacion mas examinada, ni mejor probada. Pusieron en ejecucion para desviar á Luis de su piadosa resolucion cuantos medios pudo sugerir la reflexion á su elevado nacimiento, la circunstancia de primogénito, la ternura de sus padres y las lágrimas de sus vasallos. Llévaronle de propósito por las cortes de los príncipes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad para disuadirle de que se hiciese religioso; pero todo fué en vano, hasta que el mismo marqués, su padre, despues de una repulsa demasadamente seca y desabrida que le dió, encontrándole un dia postrado á los pies de un Crucifijo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y en sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle, atónito y enternecido, no menos que temeroso de resistir mas tiempo á una vocacion tan descubierta, se rindió en fin á los santos deseos de su hijo, aunque quiso que antes de ponerlos en ejecucion pasase á Milan á terminar algunos negocios de la familia. Mostró en el manejo de ellos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque prendado el marqués de la destreza con que habia dado dichoso fin á unas dependencias tan graves como espinosas, no se pudo resolver á dejarle partir, y así le dijo á su vuelta de Milan: *Mucho te engañaste si creiste que yo consentiria en tu determinacion; pensarás en eso cuando tengas veinte y cinco años, y en este supuesto puedes tomar tus medidas.* Sobrecogido Luis al oír una resolucion tan no esperada, se arrojó á los pies del marqués, y con aquella ingenuidad que siempre le ganaba los corazones de todos, le dijo: *No permita Dios, amado padre y señor, que yo me aparte jamás de vuestra voluntad; en todo y por todo sereis siempre obedecido. Solo os suplico tengais á bien os represente que Jesucristo me llama á su Compañía; si vos no me permitis entrar en ella, ciertamente os*

oponeis á la voluntad de Dios. Hicieron impresion estas palabras en el corazon del marqués; echóle los brazos al cuello, bañóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato, sin poder articular palabra, al cabo rompió en estas voces: *Hasme abierto, hijo mio, una herida en mi corazon, que manará sangre por mucho tiempo; yo te amo, y tú lo mereces; tenia fundadas en tí todas las esperanzas de la familia; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama á su Compañía, ya no te detengo; ve, hijo mio, adonde te llama el Señor.* Acabando de decir estas palabras, se retiró el marqués deshaciéndose en amargo llanto. Tampoco dejó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado por otra parte de gozo, se postró delante de un Crucifijo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mantua, donde hizo la renuncia del marquesado en favor de su hermano Rodulfo con licencia del emperador, y despedido de sus padres y parientes se encaminó á Loreto. En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devocion y su ternura á la santísima Virgen, desahogándose el corazon en inflamados afectos y en lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad despues de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para Roma, donde recibida la bendicion del sumo pontífice, y habiendo visitado á los cardenales parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo aun cumplido los diez y ocho de su edad, y habiendo arribado ya á una elevada perfeccion.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron á los mas perfectos. Desde luego se impuso una inviolable ley de observar con la última exactitud y puntualidad hasta las mas menudas reglas. No era fácil, ni apenas posible, que subiese mas de punto la observancia. Nada tuvieron que hacer los superiores sino moderar su fervor, y poner limites á los deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado fué haber levantado los ojos, y mirado á su hermano que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó mas perfectamente que él á su pueblo y á la casa de sus padres. Vino un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió, que como habia dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenia en él ni crédito ni poder. El santo odio y desprecio de sí mismo no podia ser mayor. Cualquiera señal de distincion que se hiciese con él, era para Luis una verdadera pesadumbre. Jamás se escusó ni se disculpó, aunque tuviese mil razones para hacerlo; y llegó á tener escrúpulo de que sentia demasiada complacencia en ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los ejercicios mas

humildes y mas repugnantes; tanto, que juzgó se debía acusar de lo mucho que habia contentado á su amor propio yendo por las calles de Roma con un vestido vil, y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacia aquel perfecto desasimiento de todas las cosas, y aquel espíritu de pobreza que le hizo verdadero discípulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario menos comun, y dos sillas en su aposento, eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni jamás fué posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideracion que le envió su madre la marquesa, juzgando que tenia mucha necesidad de él; y costó gran trabajo reducirle á que recibiese dos estampas de papel, una de Sto. Tomás de Aquino, y otra de Sta. Catalina, por la particular devocion que profesaba á estos Santos. Notábase siempre en él una igualdad y una tranquilidad inalterable; la que singularmente se reconoció en la muerte de su padre, que sucedió poco tiempo despues que entró en la Compañía. Sabiase el tierno amor que le profesaba, y con todo eso apenas mostró otro sentimiento que levantar los ojos y las manos al cielo, y dar gracias á nuestro Señor de que en adelante podria decir sin estorbo y á boca llena: *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Como tenia tan puro el corazon, continuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle jamás de vista. Dando cuenta de su conciencia, dijo con ingenuidad, que en el espacio de seis meses solo se habia distraido á su parecer, como por el tiempo de un *Ave María*. Temiendo el superior que los grandes dolores de cabeza que padeció toda la vida fuesen efecto de su intensa aplicacion á la oracion, le suspendió este ejercicio por algun tiempo; pero fué peor el remedio que la enfermedad. *No sé qué hacer*, decia el Santo con gracia; *mándanme que no piense en Dios, porque no me haga daño á la cabeza, y me le hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar*. Casi desde la cuna tuvo un don de oracion muy elevado, siendo Dios su principal y aun su único maestro. Cuando el célebre cardenal Belarmino daba el ejercicio á los hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos ó reglas de meditacion, solia decir: *Esto lo aprendí de nuestro Luis.*

Tenia tan mortificados todos sus sentidos, que parecia haber casi perdido el uso de ellos. Frecuentaba muchas veces alguna pieza ó algun sitio, y no podia dar señas de él; solo hacia reflexion á lo que comia, para escoger lo que era mas ingrato al paladar; de manera, que la mortificacion era siempre la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que tocaba la raya de escrúpulo su circunspeccion; mas no por eso dejaba de ser muy